

# De la universitaria moral

Nicolás Chalavazis Acosta<sup>1</sup>



Ana María Medina Sánchez



1 Ponencia leída durante el evento ¿Una nueva moral? En la Universidad Pontificia Bolivariana, sede Laureles, en Medellín, Colombia. El evento fue convocado y realizado por del Área de Fundamentación para discutir el tema de la llamada nueva moral y de las funciones y deberes tanto de la educación como de la Universidad. Se dictó la ponencia el día 21 de marzo de 2013 a las 10:00 a.m. en el Auditorio Guillermo Jaramillo Barrientos, Bloque 12. Fueron, además, ponentes: Vladimir Zapata Villegas, Pbro. Guillermo León Zuleta Salas y Nicolás Chalavazis Acosta.

## Resumen

*En los últimos años, en la Universidad, los profesores han venido atestiguando una práctica común entre algunos estudiantes: Solicitan algunos, sin reparos, que se les suba la nota aduciendo variopintos argumentos como la compasión, las becas o la necesidad de mantener en un determinado nivel los promedios académicos. Al discutirlo entre ellos, los docentes coincidieron en concluir que, al proponerlo, aquellos estudiantes no mostraban reparo o vergüenza, ni siquiera alguna consciencia de estar obrando mal. Se consideró entonces la atestiguación de una nueva moral acaso creciente en donde solo importa una nota insensata para mostrar; moral en la que se evidencia el desconocimiento del lugar de la universidad, de la ética de las profesiones y de la función del conocimiento.*

*El Área de Fundamentación de la Facultad de Comunicación Social - Periodismo de la UPB decidió realizar unas charlas reflexivas con la comunidad académica para deliberar el asunto. El presente texto consiste en la transcripción de una de esas charlas. Fue leída el 21 de marzo de 2013.*

**Palabras clave:** Ética, nueva moral, universidad, significación, moral y extramoral.

## Abstract

*In recent years, professors have been witnessing a common practice among some of their students at the University: Some ask them unabashedly to raise their grades claiming several arguments as compassion, scholarships, or the need to maintain their grades in a certain level. After discussing it among them, professors agreed that when students made such proposals, they showed no regret or any shame, neither any consciousness that they were doing something wrong. Thus, academics thought that our times maybe are testifying a growing new moral case where only matters a senseless grade to show, where the place of University, Ethics and professions are completely ignored and where there is no sign of any reflection of the role of knowledge.*

*The Theoretical Foundations' field of the Social Communications and Journalism Faculty of the UPB, decided to conduct thoughtful discussions with the academic community to discuss the matter. This text is one of those transcriptions. It was read in March the 21st of 2013.*

**Key words:** Ethics, New morals, University, Meaning/signifying, moral and extra-moral sense.

## 1. Saludo

Señor Director de la Facultad de Comunicación Social-Periodismo, Juan Fernando Muñoz; señor Coordinador del Área de Fundamentación, Jorge Alberto Velásquez, respetados compañeros expositores, colegas y profesores, apreciados estudiantes:

Agradecemos sinceramente el interés que todavía puede despertar en ustedes escuchar a los demás. Mientras subsista dicho interés puede defenderse la Universidad.

Escuchar, básicamente, confronta nuestra posición ante ajenos verbos, ante disímiles metáforas. Cada encuentro humano soporta una suerte de confluencia de verdades. En nuestra breve vida, -no importan los años, siempre la experimentaremos breve e insuficiente- hemos constatado que todo hablante se ampara en una verdad, siempre lábil e imaginaria pero poderosa y determinante para quien se sostiene en ella.

Cuando tratase del encuentro entre las disímiles verdades, especificamos, más que confluir y reconocer, los humanos solemos toparnos, tropezarnos. Frecuentemente acontece que cuando dos humanos se anteponen, dos potencias blanden sus verdades positivamente. La Universidad, cual la comprendemos y proponemos hoy, se instaure como una resistencia contra esa expresión y tendencia<sup>2</sup>.

La humana condición, pues, situación de verdad, por un lado, y posición intrínsecamente social-moral, en virtud de la situación en la que nos abandona el lenguaje. Es decir, aquello que nos conforma socialmente nos supedita, igualmente, a la verdad, al Otro y a la moral. Residuos del lenguaje somos. Sostenes del lenguaje somos.

Toda dominación, tolerancia, compartición o reconocimiento débense a la causa aquesa. Mejor dicho, la cultura toda, las civilizaciones de todos los evos, ubícanse ante el lugar estructural de la verdad, declarándolo, articulándolo, en un discurso... cualquiera. Toda verdad referida en el discurso, entonces, consiste en una moral, aparece y se consolida en una moral.

Desde luego, nos obligaremos a partir de ahora a bosquejar qué entendemos tanto por moral como por verdad en esta sucinta ponencia.

<sup>2</sup> Porque, en la Edad Media, cuando resurge, si tomamos a la Grecia clásica como origen, lo hace para defender una verdad presuntamente hallada, la del Nazareno.

Esbozaremos escasa y modestamente. Gozamos escasamente de un cuarto de hora para declarar lo mínimo. Entonces, más que como una profundización, les solicitamos que reciban, respetados circunstancias, a los presentes vocablos por una provocación. Jamás al todo esperen, si nos permiten aconsejarlos cuando nunca lo pidieron. Permitan ustedes la provocación para que, solícitos, se impelan a una profundización y un juicio íntimos en ulteriores lecturas singulares y deseosas.

Semblaremos, inicialmente en esta ponencia, una postura extramoral, cual la propone Nietzsche, para culminar exponiendo una postura moral, la de la Universidad.

## 2. Motivo de la charla

A fines del semestre pasado, acaecimientos particulares, separados, conmovieron el ánimo de la comunidad docente. Algunos estudiantes de disímiles semestres, de cursos diferentes, solicitaron ya fuera oralmente, ya por escrito, a sus respectivos maestros un aumento en los resultados de la materia al culminar el semestre académico, ora porque alegaban estar becados, ora porque necesitaban mantener un promedio, ora, simplemente, porque no soportaban la idea de perder un curso. Cada docente, en su momento, respondió cual judicó pertinente.

Podríamos suponer que cada maestro está relativamente familiarizado con este tipo de propuestas cada semestre. Conjeturaríamos bien: Recibir a los neófitos, encontrarse con cualquier ser humano, redundaría en un amable encuentro, mas también en una colisión galáctica. Empero, el que nos sea familiar el fenómeno no se iguala con la elección de una apática respuesta, por lo que prodújose un académico debate entre nos. Cada quien relató lo experimentado, no para sorprender al otro docente, pues, como se antedijo, usuales nos son las súplicas y clamores estudiantiles, sino para debatir nuestra posición ante ello.

¡No se espanten, amables auditores! No asistimos hoy aquí para referirles una moral preceptiva. Se concluyó, simplemente, que evidenciábamos una *nova moral*, atestiguábamos una nueva manera de obrar y de ser alguien en la sociedad. ¿Qué podría significar ello en boca de los docentes? Se nos ocurre ahora afirmar que cuando muchos de ellos estudiaron, las cosas no se solicitaban así o no se obraban de ese modo. Además, desde luego, también que la sociedad entera viene, como desde siempre, demudando.

Las preguntas, en aras del curso de nuestra exposición, advienen: ¿Cuál la función de los docentes ante lo novedoso? ¿Cuál la situación semántica de la Universidad? ¿Qué entenderemos por educación ante los nuevos discursos?

El Área de Fundamentación aprovechó la situación para convocar a algunos docentes y profesionales, pudiendo pronunciarse tangencialmente sobre ello desde diversas aristas.

El fenómeno préstase para muchos acercamientos académicos. Proponemos aprovechar las condiciones de la ponencia para referir sucintamente acerca de los conceptos de verdad y de moral, para, ulteriormente, arriesgar algunos verbos sobre lo que el Área de Fundamentación denominó como *nova moral* enunciando a duras penas cuál sería la función de la Universidad como institución privilegiada ante aquella.

## 3. Verdad y moral, *extramoralmente* hablando

Retomemos, pues. Declaramos anteriormente, sin mucha profundidad argumental, la correlación y proporción entre la condición ínsita de la verdad y lo social; además, aseveramos que toda verdad produce lo moral. Quedamos pendientes de explicitar los conceptos moral y verdad. Nos fundamos en Nietzsche para el logro de aquélla labor conceptual.

Quizás hayan oído sentenciar que con Nietzsche se instaura una ruptura en el pensamiento, una cisura en la concepción de la filosofía. Consideramos correcta esa predicha afirmación. El siglo XX y este albor del XXI no pueden explicarse sin sus rupturas, si sus relecturas del mundo antiguo, de la filosofía alemana de su época y de, sobre todo, la condición humana y del modo de vivir. Con Nietzsche se instala una nueva postura, *La extramoralidad*, como acercamiento ante el objeto de estudio, como método para saber.

Desde luego, no es el único pensador que lo logra. Empiécese, si se quiere, por revisar a los tres llamados 'maestros de la sospecha', -expresión que le debemos a Paul Ricoeur-: Freud, Marx y, desde luego, Nietzsche.

Si hoy día asumimos de otro modo a la sexualidad, a la economía, a la filosofía, si nuestro lazo social es otro, débese a los verbos y sentencias de esos tres portentos, en buena parte, aunque, de seguro, no completamente. El modo de concebir la vida se alteró,

la estética demudó, la sexualidad saltó del salón privado para caminar por el foro. Los tres pensadores rompieron la presa por tres frentes diferentes y el agua, simplemente, inundó al pueblecito de la humanidad, reorganizando los discursos. Sus significantes se introdujeron en el discurso común, logrando resignificar la verdad y la moral.

Entonces, para otorgarles un abre bocas que explique, al menos que les indique el camino por el cual puedan profundizar sobre el tema conceptual que nos compete, nos remitimos al texto de 1873 *Sobre la verdad y la mentira en sentido extramoral*.

Allí Nietzsche habla de la significación y estatura de lo humano. No se asusten, es bastante áspero. Se refiere, usando una metonimia, al intelecto para significar a la humanidad, a su posición. Dice pues:

*...hubo eternidades en las que [el humano, el intelecto] no existió; cuando de nuevo se acabe todo para él, no habrá sucedido nada. Porque no hay para ese intelecto ninguna misión ulterior que conduzca más allá de la vida humana. (242)*

Lo primero que podría abrumarnos, justamente, sitúa el lugar al cual deseamos arribar: Pareciera declararse una indiferencia universal, un silencio. Nietzsche refiere que en el Universo, -si es que puede precisarse de una tal consistencia- no se verifica un sentido comprendido como volición significativa. Pareciera carecer el universo de volición, de intención. Comprehendemos que su dicción pudiera molestar algunas susceptibilidades y creencias religiosas. No trajimos hoy a Nietzsche para causar revuelos ni para indignar. Respetamos mucho la *fedes* de las gentes. Todos moramos en alguna fe; el lenguaje nos enfrenta al lugar de la verdad, atándonos al sentido. Arriesgaríamos ahora, con Lacan en las mentes, que la única fe es fe en el sentido (πίστις νοήματι: *pistis noémati*).

Si desean, colaremos algunos fragmentos poéticos que, de manera diversa, historian lo del silencio semántico del cosmos, tan difícil de ver y de aceptar para aquestos entes semánticos que somos. El tema, asaz común en la poesía y en la literatura:

Por ejemplo, nos comparte Borges en su poema *De que nada se sabe*:

La luna ignora que es tranquila y clara  
Y ni siquiera sabe que es luna;  
La arena, que es la arena.

No habrá una Cosa que sepa que su forma es rara.

Desde antiguo, los seres humanos han alzado la vista a los cielos para estremecerse con las repeticiones de algunos fenómenos celestes y con la magnificencia que los supera y avasalla. La observación celeste sigue brindándonos tal inquietud, tal turbación a los posibles teoréticos. La angustia suele brotar ante aque-se silencio indolente, ante el fluir indistinto; inclusive, pareciera que cualquier vocablo que, jactancioso, se impone para tratar de explicarlo, falla irremediablemente. Sentimos que nada dice, que nada ciñe. La turbación cesa solo cuando, en la aparente regularidad de los fenómenos celestes, presumimos un sentido, una voluntad.

Continuemos con los ejemplos literarios -para apoyar el fragmento nietzscheano-. Barba Jacob nos recuerda, no solo la ausencia de volición en el universo, sino la insuficiencia, la incapacidad estructural del lenguaje para dar cuenta del mundo insensato en diferentes lugares de su obra. Escuchen, *verbi gratia*, en su *Canción ligera*:

Si acongoja un dolor a los humildes,  
o si miran un valle, un monte, un mar,  
dicen tal vez: «Dichosos los poetas  
porque todo lo pueden expresar»,

¡Ah! Pero en el misterio en que vivimos,  
la cotidiana y múltiple emoción,  
como no encuentra un ritmo que la cante  
se ahoga en el sepulcro corazón,

y están sin voz el oro de los trigos,  
el son del viento en pugna con el mar,  
la luz que brilla, el rito que se apaga  
y el llanto de la noche en el palmar.

Arguyen los píos que la incapacidad del lenguaje no supone la inexistencia de la volición del Universo o de un Demiurgo. Presumen, con justeza, que el lenguaje humano es parvo e insuficiente, como lo declaraba San Agustín: *Suficiencia insuficiente*. Su fe se ampara en la presunción de una volición superior allende la humana comprensión, fe en el sentido del Otro.

Disculpen que nos atrevamos a atribularles el alma con letras de los poetas. De seguro ustedes no han asistido al presente evento con anhelo de congoja. No obstante, sépanlo, la definición de la educación que les presentamos atraviesa una dimensión trágica; es decir, de sacudida ante la verdad de sentido, verdad semántica que cada quien venía suportando y padeciendo. Los poetas nos refieren, en su manía, del problema que venimos exponiendo mejor que nos. José

Asunción Silva, lapidario, sentencia en las letras de su *Respuesta de la tierra*:

La Tierra, como siempre, displicente y callada,  
Al gran poeta lírico no le contestó nada.

Por favor, reciban nuevamente, mas con interés lingüístico, las nitzscheanas premisas que al comenzar expusimos. El Universo, según eso, muévase silenciosamente, sin semántica, sin intención, sin escopo. Fluye para nadie, en virtud de nadie. Suplícoles que acepten, al menos por un instante, la propuesta de la insensatez cósmica nitzscheana en pro de la definición de la moral y de la verdad.

Nos los humanos, siguiendo esa lógica, en contraposición entonces, consistiríamos en la algarabía del cosmos<sup>3</sup>. Algarabía, que no primor. ¿Qué aquel bullicio? Desde luego, no nos referimos a los sonidos físicos, o a las explosiones o convulsiones del cosmos. Nuestro bullicio: ¡El lenguaje, el intelecto! ¡Bullicio, la significación con sus ilusiones de orden, intenciones y motivos! Ruido humano, jolgorio significativo. De ese ruido pareciera prescindir el resto del cosmos.

El temor y angustia humanos de todos los tiempos, de todas las culturas, al observar el universal silencio se acallan solo cuando, con ese jolgorio, le adjudicamos el sentido en el que nadamos al resto del mundo, cuando lo llenamos de nuestro rumor, de nuestra música o, cual afirman los místicos, cuando acallamos nuestra algarabía y permitírnos, encontrándola, gozar de la divinal volición, del ser divinal. Los antiguos al orden supuesto lo designaron cosmos. Presumían una cosmética. Mas, afirmémoslo, la cosmética evidencia la dimensión humana, dimensión significativa.

Los píos, además, suponen que el intelecto, el lenguaje, a diferencia del nihilismo nitzscheano, responde a una intención. Nuestro intelecto supondría la evidencia de la volición divinal, de un obsequio del Otro –carisma, en griego- para que supiésemos de Él y de su Creación.

¡Por favor, no se sobresalten! Nos situamos en el límite de una discusión harto antigua. Refiere Diógenes Laercio que estando un día Platón explicando sobre la *meseidad* y la *vaseidad*, es decir, sobre la idea de 'mesa en sí' y 'vaso en sí', Diógenes el cínico reprochóle que cada que él observaba al mundo veía vasos

3 Los píos piden el silencio como arribo de la sabiduría para escuchar la voz divinal, para comprender o gozar de su presunta volición.

y mesas. Platón le reprochó: '¡Claro, solo tienes ojos para ver las cosas del mundo y no mente para ver la mesalidad o la vaseidad!' Es decir, estamos en los límites de la creencia en la metafísica y en el sentido como algo también exótico al ser humano constatable en el Universo. Se cree en ello o no se cree en ello. Punto<sup>5</sup>. Como fuere, en el sentido moramos. Eso nos interesa a nos hoy para esta ponencia.

Referiremos ahora acerca de nuestro bullicio, de la alharaquenta condición humana, para situar los conceptos de moral y de verdad, como prometimos al inicio de la ponencia. Expusimos con Nietzsche que el universo no se estructuraría en la significación, el universo no tendría voluntad o regimiento volitivo. ¿En dónde nos deja ello? ¡En que la moral, la educación, la verdad y la mentira, son sujetos intrínsecos humanos no universales! **iProprios sujetos nuestros!**

Situémonos, entonces, en las posibilidades del lenguaje y en el lugar donde aquél nos supedita. Aseveremos de una buena vez según la lógica de Nietzsche: El lenguaje instala el lugar de la verdad por su inherencia sin verificarse una metafísica o sin. Nietzsche propone, en el texto que sugiero trabajar, que hay tres formas de la verdad delimitados por el lenguaje.

La verdad metafórica. 2. La verdad presunta de la Cosa en Sí y, 3. La verdad del artista.

Mentaremos brevemente de la primera verdad, verdad metafórica, ya que en ella se sitúan los conceptos que nos interesan ahora: moral y verdad. Empero, reiteramos cariñosamente, que se regocijen con las

4 *Disputando Platón acerca de las ideas, y usando de las voces mesalidad y vaseidad, dijo [Diógenes]: 'Yo, oh Platón, veo la mesa y el vaso; pero no la mesalidad y la vaseidad'. A esto respondió Platón: Dices bien, pues tienes ojos con que se ven el vaso y la mesa, pero no tienes mente (nous) con que entiende la mesalidad y la vaseidad'. (Laercio, 1973, p. 1261)*

Dice el texto griego: 'Πλάτωνος περί ιδεῶν διαλεγόμενου καὶ ὀνομάζοντος τραπέζοι καὶ κυθήματα, "ἐγὼ," εἶπεν, "ὦ Πλάτων, τράπεζαν μὲν καὶ κύαθον ὁρῶ· τραπέζοιτα δὲ καὶ κυθήματα οὐδαμῶς;" καὶ ὅς, "κατὰ λόγον," ἔφη· "οἷς μὲν γὰρ κύαθος καὶ τράπεζα θεωρεῖται ὀφθαλμοῦς ἔχεις· ὃ δὲ τραπέζοι καὶ κυθήματος βλέπεται νοῦν οὐκ ἔχεις."

El nous, pues, la mente, como esa capacidad para ver allende resulta de la creencia en el sentido.

5 No pudo haber discusión entre Diógenes y Platón porque se trata de un asunto de fe: 'No tienes eso que yo creo que se tiene para ver las ideas'; empero, además le da a entender a Diógenes que es un ἄνοος, un falta de mente, es decir, un estulto, un loco, un ser inferior.

letras completas en su propia intimidad. Resultan muy duras, es cierto, mas justamente por ello, muy bellas. Nietzsche elabora muy sugestivamente sus ideas. –Reprochamos a las charlas la imposibilidad de una profundización conceptual. Destinada para la profundidad conceptual la intimidad del encuentro de cada lector con el libro, como diría mi querido Borges.–

La verdad, básicamente, tiene estructura metafórica. ¿Qué entenderemos por una metáfora? Primeramente, la implicación de un desplazamiento. En el lenguaje se verifica una moción significativa. No olviden que en griego metáfora refiere al transporte. El lenguaje hace que algo se mueva. Ya veremos cómo.

Además, la metáfora, siendo más exactos, nombra una cosa remitiendo a otra. Aseverar '*tu blanca hilera de perlas*' en lugar de designar '*tu fila de dientes blancos*' reemplaza al diente por la perla, transmitiéndole a perla la significación de diente. Sabemos que el diente no es una perla. Mas, acaso una característica lo une para el dictador<sup>6</sup>: Digamos ahora que su brillo, su albura y su dureza. Esa unión permite, en primera instancia, el desplazamiento significativo.

La poética del lenguaje nos permite gozar de la remisión al diente justo por lo que no es, porque no es una perla, para que nosotros gocemos de la comprensión de algo allí donde no está, aunque remitido gracias a algunas particularidades. Dijimos: los dientes presentan albura (algunos), brillo y dureza. Nos dicen perlas, y nosotros pensamos en los dientes blancos y valiosos de la chica halagada. Nos regocijamos deshaciendo los pasos que el desplazamiento metafórico nos regaló. Además, rematemos aseverando: El diente, la cosa diente, no es tampoco el vocablo que intenta designarlo. Designar no se iguala con el ser.

### *Entificamos donde no hay ser*

No vayan a creer que la metáfora pertenece solo al reino de la arte poética; es decir, a la ardua composición de poemas. Revela Nietzsche –al igual que Borges en su Conferencia *La poesía*, en su libro *Siete noches*– que el lenguaje se estructura poéticamente, metafóricamente. Nos obsequia Borges una definición de metáfora en su poema *Arte poética*:

<sup>6</sup> Participio. Dictador: *Quien dicta, quien lanza dicciones*. Desde luego, juégase con el sentido de tiranía, de avasallamiento que contiene hoy el concepto. El lenguaje avasalla inicialmente al sujeto a la verdad que lo funda.

*Ver en la muerte el sueño,  
en el ocaso un oro triste...*

La metáfora no solo intercambia palabras. Cualquier palabra, realmente, metaforiza, desplaza.

¿Qué desplaza cada vocablo? Primero podemos arriesgar que el desplazamiento reside en la significación. La significación surge en la moción de un significante al otro. El significado se produce en el movimiento de un significante que se lía, en esa moción, a otro: 'Aquésto por aquélló'. 'La perla por el diente', 'la muerte por el sueño', 'el ocaso por el triste oro'. La metáfora no iguala, no corresponde; reemplaza y transporta.

El segundo desplazamiento, al que podemos apelar de impropio, es que cada vocablo, al nombrar, no alcanza a tocar lo nombrado o a saber de lo nombrado. El vocablo mata a la Cosa, como diría Lacan, retomando a Hegel. Mas, en matándola, le brinda una estatura para nos, unas consecuencias para nos, la incluye en la semántica y en la designación.

El nombre instala el ser de la cosa, le garantiza una estatura, la hace existir para nosotros. La cosa ya no está, no hay garantía de que haya cosa solo porque exista el nombre. De hecho, podemos crear nombres para cosas que nunca han sido o serán, como operó Julio Cortázar con sus Famas y Cronopios. Consideraban algunos de los antiguos que en nominando la esencia, preexistente, de la cosa nominada podría consistir en el vocablo. Es decir, que la palabra de veras era el medio a través del cual sabíamos de la esencia de la cosa. La palabra, vehículo de esencias y medio para conocer.

Ya en el mundo antiguo, se ejempló con Diógenes, por dar apenas un caso, esa noción se puso en duda, poniendo en entredicho a la palabra como posibilidad de conocimiento del mundo.

Retornemos a Nietzsche: "Los diferentes idiomas, reunidos y comparados unos a otros, muestran que con las palabras no se llega jamás a la verdad ni a una expresión adecuada, pues, de lo contrario, no habría tantos". (Nietzsche, 1965, p. 244)

Denominábamos impropio a este segundo desplazamiento ya que los vocablos no desplazan verdaderamente a las cosas, lo real del mundo no cedió su lugar por el lenguaje. Nosotros nos instalamos en un apóstrofe. El mundo no se corrió ante el lenguaje. Más bien, nosotros instauramos un mundo lleno de cortes, sintaxis y semántica. Recuerden, hicimos cosmética.

La cosa en sí misma es y está en el silencio semántico, constreñido, situado y excluido gracias a nuestros límites cósmicos. Nietzsche comenta:

La cosa en sí (esto sería justamente la verdad pura y sin consecuencias) es también totalmente inaprehensible y en absoluto deseable para el creador del lenguaje. Éste [el creador del lenguaje N.X.] se limita a designar las relaciones de las cosas con respecto a los hombres y para expresarlas recurre a las metáforas más atrevidas. (1965, p. 244)

Digamos, acaso sea mejor, que lo que hoy hemos decidido llamar 'segundo desplazamiento', 'desplazamiento impropio', cosmetiza al hombre. Con otros verbos, no existe metáfora en lo real, por ello no tiene consecuencias para nosotros.

El constreñimiento nietzscheano signa que nuestras consecuencias, es decir, nuestro lugar en el mundo, nuestra felicidad o nuestra tristeza, son significativas, semánticas.

¿Qué implica, después de todo esto, la metáfora? La estructura del lenguaje, la instauración de cortes donde no los hay. La estatura de lo simbólico.

Deseamos enfatizarles estos dos aspectos: La metáfora supone la significación y, además, nos aleja de las cosas del mundo para dejarnos en la dimensión simbólica y móvil, dimensión poética con respecto a la cosa.

Pudiéramos comprender las letras de Barba Jacob, designando poeta a todo ser que habla:

*...y nosotros, los míseros poetas,  
temblando ante los vértigos del mar,  
vemos la inexpresada maravilla,  
y tan sólo podemos suspirar.*

Le clama José Asunción Silva a las cosas como lo imposible de nombrar, como lo inexorablemente excluido:

*¡Si aprisionaros pudiera el verso,  
Fantasmas grises, cuando pasáis,  
Móviles formas del universo,  
Sueños confusos, seres que os vais,  
Ósculo triste, suave y perverso  
Que entre las sombras al alma dais,  
Si aprisionaros pudiera el verso  
Fantasmas grises, cuando pasáis!*

Se le Exhorta en el bambuco colombiano, *¿Para qué los libros?*, a los poetas, luego de la percatación de la imposibilidad del lenguaje para dar cuenta del mundo y sus reses:

*'¿Qué sabio ha podido mecerse en la bruma,  
qué artista una gota formar del rocío?  
¡Oh pobres poetas, romped vuestras pluma!'*

Habitando en la condición metafórica se instalan la posibilidad de la verdad y de la mentira; ergo, habitación moral del cosmos en el cosmos. Al fin, respetados e ignotos circunstantes, arribamos, bastante forzosamente en aras del tiempo, a las nociones primordiales para la charla del día de hoy: La verdad y la moral.

¿Qué entender por verdad entonces? La verdad se posibilita, se instauro, gracias a un pacto. En algún momento mítico, dos sujetos supuestamente conviniere un nombre, un evento, una designación. Un sujeto convino con otro una dicción y una significación. Lo que primero una elección caprichosa, imposición transmitida devino. 'Se debe seguir llamando a esto por esto' o 'debemos entender esto'. La verdad conviene<sup>7</sup> en la cultura.

Entonces, he aquí la dimensión de moral. La moral, a diferencia de lo que entiende la filosofía tradicional o la noción popular, es consecuencia, estructural, del pacto al que nos somete el lenguaje. No podemos hacer otra cosa. Habitar en un discurso supone la moral heredada de otros.

Continúa Nietzsche:

Este tratado de paz conlleva algo que promete ser el primer paso para la consecución de ese enigmático impulso hacia la verdad. Porque en este momento se fija lo que desde entonces debe ser verdad, es decir, se ha inventado una designación de las cosas uniformemente válida y obligatoria, y el poder legislativo del lenguaje proporciona también las primeras leyes de la verdad, pues aquí se origina por primera vez el contraste entre verdad y mentira. (Nietzsche, 1965, p. 243)

La moral emerge cuando dos significantes han sido unidos. La rosa, no como cosa, la rosa como significante, significa amor. La remisión del significante primo al segundo produce la significación. ¿Qué se

7 Venir una cosa con otra. Convenir.

impone moralmente? La institución, el control, las significaciones del mundo. Emergen los lugares del Amo-dictador y del esclavo.

¿Por qué la moral dicta y controla? Porque determina las formas del lazo social. Para cortejar a una mujer, para que ella entienda que se la ama, debe dársele lo que culturalmente se ha pactado cual verdad de la demostración del amor, cortejándola con una rosa, no con una roca u otra cosa que le resulte incompreensible o grotesca. Esto determina ya las formas aparentemente correctas.

Habría muchas cosas por profundizar, mas forcemos la conclusión de este breve apartado: La moral surge, ínsita, con la convención del desplazamiento significativo. La moral significa y metaforiza. La moral se legisla imponiéndose como significación aceptada. Nos constituimos, como seres de lenguaje, en sujetos morales.

Así, entonces, todos los seres humanos se enfrentan a la condición de la verdad del lenguaje. Para nadie, el lugar de la verdad ínsito gracias al lenguaje es ajeno. Todos tienen que vérselas con la verdad, no importa qué metáforas hayan llenado ese *locus veritatis*. Por ello, no podemos más que enunciarlo pues no disponemos de tiempo, todos somos seres trágicos, dramáticos. La tragedia es una posición ante la verdad y las metáforas con las que se ha recubierto dicho *locus* ínsito.

Correspondiéndonos con la lógica nietzscheana, afirmemos que al ser humano no suele interesarse por el lugar de la verdad en sí, sino en sus metáforas, para sentirse tranquilo. El ser humano se avasalla ante las ajenas metáforas. Empero, otro tema aquel.

#### 4. El discurso, la moral y el ministerio universitario

Moramos, pues, en la –para nos inexorable– dimensión metafórica. Nuestra estética está atravesada por la metáfora. No por eso deja de ser menos real para nos. Participamos de la realidad metafórica, de la subjetividad, como nuestra única realidad. Habitamos, predijimos, un mundo implicado por la verdad debido al movimiento de la significación; por ello, moral. Será el discurso una suerte infinita y posible de combinaciones metafóricas, complejas y articuladas, en un contexto determinado; es decir, situado en un punto, pequeño, en la historia. Somos paridos en un discurs-

so; nacemos en la moral de Otro, en las leyes de Otro, en los pactos de Otro. Y no necesariamente significa que exista EL DISCURSO como una consistencia real, homogénea y constatable. Ello no se verifica. Habitamos, nos conformamos, en la lucha de varios discursos que nosotros terminamos tejiendo y en donde somos implicados.

En breves palabras, Otro nos funda en su moral. Somos producto de un discurso y, desde luego, la posición que hemos asumido ante ese discurso. Valga decir, como refiere Michel Foucault, que somos efecto de un discurso en una historia. Otros seríamos de haber nacido entre otras metáforas.

No somos unos inertes engendros de la verdad del Otro. En algún momento, asumimos una posición ante Él, ante los discursos, ante las técnicas de subjetivación. Nuestro deseo se articula a algún discurso. El ser humano puede, en resumen, asumir una posición que legitime, deslegitime o resignifique las técnicas de subjetivación brindadas. Como sea, lo que hayamos decidido ser se traduce en la consecuencia de una posición ante el Otro. Nunca sin Él.

Somos, por un lado, responsables de la posición que asumimos ante las verdades del Otro, de nuestros gozos y sufrimientos; inclusive, de la posible irreflexiva acogida que le dimos. Por otro lado, la educación, como ejecución transmisiva real del discurso del Otro, como reveladora de las verdades culturales, tiene la responsabilidad de despertar al sujeto ante las verdades y no solo la obligación de transmitir el pasado, adoctrinando. La educación, aparte de transmisiva, está llamada, con el diálogo como su vía, a procurar una actitud mayéutica, individual, que libere al sujeto de la sujeción que fue necesaria, para que se indague por la verdad de sí, para que se desasga. ¡Acúsennos, en este punto, de ingenuos si desean! En últimas, la elección por liberarse, por pensar, recae en cada individuo, inclusive, allende de si las circunstancias le propician un ambiente para ello.

Nos encontramos hoy, básicamente, ante un auditorio estudiantil y docente. Moramos en la Universidad, sitio educativo privilegiado en Occidente. La Universidad, nuestro jardín epicúreo, posee, desde sus principios, una dimensión moral. Si han logrado seguir la lógica de la exposición, podrán conjeturar que la *extramoralidad* comporta un *modus* filosófico que toma al lenguaje como objeto. Leer en el lenguaje la posibilidad moral, revisar su estructura, no se equipara a la opción de moralizar.

Como moradores del lenguaje, pues, no podemos más que moralizar. La Universidad, al ser producto de un discurso, al ser discurso, al implicarse entre el discurso, al ser producto humano, no puede más que moralizar.

¿Cuál la función de la Universidad ante el discurso? No temamos afirmarlo: ¡Moralizar idiosincrásicamente procurando tanto un entorno apropiado para que emerja la pregunta por la verdad de sí así como permitiendo la formación de una ciudadanía profesional y ética!

Educar, en estos términos, implica moralizar. La educación, en primera medida, pretende referirle al sujeto las verdades pactadas por la cultura para que, luego, aquél pueda movilizarse dentro de ella. Implica, pues, la transmisión de los pactos operando, por lo tanto, una forma de poder, de enseñanza de las verdades metafóricas tradicionales. Consiste la Universidad, así mismo, en un sitio transmisor de las verdades del discurso del amo de su momento presente; transmisor de aquéllas metáforas precisas, sociales, políticas, para ejercer una profesión acorde con las exigencias sociales de determinada contemporaneidad. ¡Membren lo siguiente, trabajar en una sociedad no supone que la Universidad deba avasallarse o aceptar calladamente los preceptos morales impuestos por ese Amos, siempre caprichoso y cambiante! ¡He ahí el error craso, bruto y magno de la Universidad hoy!

La Universidad, en una suerte de ejecución poética, ha de reactualizar al pasado situándolo en el presente, presentando a algunos ausentes para algunos presentes que en algún momento, inexorablemente, conformarán también a la eterna nada. ¡Lástima que no recuerde la institución las odas, la manía y los bríos danzadores implicados en la poética! Insiste además la Universidad en la presencia del lugar del análogo como local vigente y necesario, lugar dialéctico y, por ello, argumentativo, reconociente y respetuoso. La Universidad, lugar de debate. Por último, desde luego, será la Universidad una procuraduría de ciudadanos y profesionales que aportarán activamente en su polis; ciudadanos, no vasallos. Ciudadanos críticos y libres.

No nos engañe la insistencia del vocablo 'transmisión' en nuestra exposición. La Universidad no transpone, simplemente, metáforas. La Universidad no sólo impone discursos. Si dejásemos hasta allí las cosas, la educación no tendría más cualidad que el adoctrinamiento, sin posibilidad de intercambio, significación, oposición o diálogo, deviniendo una miserable fábrica indolente. Al mentar anteriormente a la arte dialéctica y al reconocimiento del análogo, declaramos el impe-

rio de una libertad de significación en la Universidad, libertad de distanciamiento y de identificación ante las metáforas que vienen del lugar del maestro, de la academia.

El acto educativo, oh cordiales amigos, acude a la filosofía, su alma madre, para impedir el avasallamiento doctrinal. En la antigüedad clásica se cimentaron escuelas filosóficas, no para avasallar, sino para que el sujeto hallase la verdad de sí, para que se tornase hacia ella. Las metáforas se transmiten, no solo para avasallar al sujeto cuando se educa, sino también para que, al recibir e interpelar, salga él mismo sujeto inquisidor, escrutado, cambiado, transformado.

Dispéñense si incluyo los clamores del Áyax del texto *Dolor ayanteo*. Creo que él puede expresar mejor que nosotros, en su agonía, que si bien las metáforas del otro nos fundan, contando con ellas, debemos dar un paso allende:

**Áyax:** (...) ¡Sólo los siervos suportan! ¡Sólo aquéllos las voliciones de los otros aceptan sometándose!

¡Mas, imperativo el gravamen, fundaméntanos! ¡Indispensables los golpes en el bronce para que devenga bellas y útiles armas en la lid! Empero, un primer paso es, a duras penas inicial! ¡No constituye la marcha entera! ¡Precisas las voliciones impropias, las montañas, las culpas, las amistades; incluso, hasta los impropios ajenos hilos!

(...) ¡Divídense los seres humanos en cuantos en algún momento aceptan que los agraven y en cuantos, en algún momento, opónense! (Chalavazis, 2013, p. 214)

La Universidad debe promover sendos momentos. Momento de instrucción, inicial y necesario y segundo momento, el del cuestionamiento, vital y electivo. Pero, repetimos, solo se puede si el sujeto asume un encuentro con su verdad, si opta por asumir el pavor de la franqueza, de la libertad, de la responsabilidad por el cuidado de sí. Esta la función ético-poética que proponemos, además, para la Universidad. Requiere, desde luego, bazaría del inquisidor-estudiante; lo proponemos, igualmente, como actitud constante para el docente.

Se trata, como sea, de una actitud ante la verdad de la metáfora recibida y la búsqueda de una nueva metáfora para sí, construida por sí mismo.

La verdad que exponemos sugiere un abandono de la sumisión a la moral del pequeño amo del momento para hallar, sin excluir al otro, sin denegar las leyes ni la tradición; supone el coraje de enfrentarse a sí mismo, escrutar el deseo y, luchar por su forja, sosteniéndola ante sí y ante el otro. Pero este desasimiento no es un paso inicial, sino final. Curiosamente, la Universidad debe propender si bien no necesariamente por la realización del desasimiento, puesto que aquél dependerá básicamente de la resolución y la bizarría de cada sujeto, sí al menos por la procura del ámbito donde la pregunta por sí, inquisición de sí, surja en el sujeto inquisitivo. Empero, el desajuste que permite inquirir, preguntar, solo le corresponde a cada bello padeciente.

A esta segunda parte de la educación que supera a la mera instrucción la designamos, membrando a Nietzsche, a Foucault y a los antiguos cínicos, dimensión ético-estética pues reposa tanto en el diálogo como en la mayéutica, no con el objeto de la sumisión, la adulación o la retórica, sino con el escopo de la redención idiosincrásica.

Resumamos. En primera medida, la Universidad está conminada a dictar la moral del discurso de cada facultad, de cada profesión. Recuerden que la moral permite y supone el lazo social, que permite construir y obtener lugares y funciones. Recuerden que la moral es inherente, es nuestra estancia y nuestra morada. La moral consiste en la condición permitida e instaurada por el lenguaje. La moral posibilita metaforizar y enlazar a ello la verdad semántica pactada. El discurso sería, en cambio, cualquier tipo de sintaxis metafórica; desde luego, cada sintagma traerá diversas consecuencias de producción de saber y disímiles condiciones de lazo social. La moral, de alguna manera, reconoce y afilia. Sin embargo, y simultáneamente, por inherencia, por efectos de lo que el lenguaje supone, constituye también una imposición, una *dictadura*: Alguien dicta una verdad ordinadora sintácticamente.

En esta prima fase se dona la tradición. Entendemos por tradicional lo expresado por los anteriores, colaborando paulatinamente con la conformación del discurso, de la ética profesional. La educación informa de las maneras tradicionales de dictar, es decir, de dictadura. Aquí se imparten, por ejemplo, las enseñanzas-verdades sobre cómo obrar, cómo actuar, cómo escribir, y qué entender por cada sujeto; es decir, se conceptúa. ¡Toda concepción, todo pacto, toda metáfora una dictadura, no lo olviden! Toda fundamentación teórica se encuentra en esta fase de la educación de la Universidad y, desde luego, le

adjudica una posición de poder, es decir, de situación del lado de la moral del Amo.

La Universidad, además, tiene dentro de sus responsabilidades, inculcar la formación en la investigación, es decir, debe procurar la experimentación y forjar el método con el que cada disciplina aprende a saber del mundo a la luz de su moral. Esto obliga a la institución a mirar de frente al presente, con las metafóricas aprehendidas en su tradición. La Universidad no se estriba solo en el pasado por el mero regodeo de la acumulación de metáforas de otros. Las asume para leer su presente, para cavilar y configurar el futuro de la polis.

Entonces, en esta primera fase, fase moral, la Universidad profesionaliza, investiga y devuelve a su polis conciudadanos que le aportan a la polis, demudándola. En virtud de ese aprendizaje, de la lucha por entender esa moral, recibe cada sujeto, como premio, un diploma, una legitimidad social, que le permite ingresar a la polis como un profesional investigador, con criterios conceptuales –morales siguiendo la lógica de nuestro tenor– par enfrentar al mundo, para aportarle a la sociedad.

Sin embargo, la función de la Universidad, hemos dicho, no solo se supedita a la impartición de una determinada moral profesional. Sin duda ello prima. Nosotros hoy agregamos otra función a la Universidad, dimensión ético-poética, dimensión humana fundamental, la que le incumbe a la responsabilidad del sujeto ante la moral que recibe; es decir, actitud bizarra, ética.

El sujeto, una vez va acogiendo la moral de la profesión, recibe, además, la capacidad de cuestionar. La Universidad debe procurar, predijimos, el ambiente necesario para que el sujeto dialogue y se cuestione, para que resignifique sus metáforas, para que se desajuste. Sin embargo, la permisión para ser desajustado, para formular preguntas, solo cabe dentro del sujeto. Si no hay deseo por desajustarse, por derrumbarse, por pensar en la verdad de sí, para sí, nada puede hacer la Universidad por él.

Foucault describe, en su *Hermenéutica del sujeto*, en la segunda hora de su clase del 24 de febrero de 1982, lo siguiente: “La askesis no se establece y despliega sus técnicas en referencia a una instancia como la de la ley. En realidad, la askesis es una práctica de la verdad. No es una manera de someter al sujeto a la ley: Es una manera de ligarlo a la verdad.” (Foucault, 2008, p. 304)

## 5. Alguna afirmación acerca del motivo de esta charla

Extínguese el agua en la clepsidra y, mientras tanto, acaso haya abusado de su paciencia, amables auditores. Fundado en lo antedicho, asevero algunas ideas que, más que ser contundentes conclusiones, consiste en reflexiones posibles, abiertamente debatibles y de las cuales, por supuesto, advertimos el derecho a un futuro arrepentimiento.

Se nos concitó para que expresásemos una modesta opinión en el breve término que permite una ponencia, con respecto a lo que denominamos dentro del Área de Fundamentación una *nova moral*.

¿Justipreciamos al fenómeno clamándolo '*nova moral*'? Sí, mas precisamos acaso de algunos afinamientos. Declarar la existencia de una *nova moral* revela que un discurso tradicional, anterior, -discurso de quien habla juzgando al otro- evidencia que nuevas generaciones han adoptado otro. ¿Qué lo revela? Sus comportamientos, sus significaciones ante el mundo, los límites dese otro discurso.

Para determinar: Una *nova moral*, entonces, cualquier moral, resulta de la compleja unión metafórica en un momento singular, para un sujeto singular en un tiempo singular. Aquella correlación metafórica contornea los límites de nuestros movimientos sociales: Cómo saludar, qué se entiende por respeto o por desobediencia, etcétera. Además, evidencia la posición del actor ante el presunto discurso. Realmente, no preexiste o no se verifica como cosa concreta del mundo algo que pueda llamarse 'El discurso moral unificado'. Estatúyese, acaso, en discursos oficiales, religiosos o preceptivos, en discursos del regente momentáneo que casi nadie cumple a cabalidad mas ante el cual todos los habitantes han de situarse de algún modo.

Insinuamos que el clamor de una '*nova moral*' supone que el amo del momento o, al menos, quienes habitan mal que bien ordenados bajo los límites del discurso dese amo del momento, -lo que equivale a aseverar 'los identificados con ese discurso'- notan, sorprendidos, aterrados o jubilosos, que las consecuencias morales han demudado para el otro, que el otro habita en otra estancia metafórica, que navega en otra mar. Con otros verbos: Verifican en el comportamiento del otro disímiles consecuencias metafóricas; entonces, desde luego, otra moral.

La molestia del identificado con el tradicional discurso podría estribar en dos motivos. El primero, que hubo de hacer en algún momento una gran renuncia para aprehender a navegar en la ley del otro, en ajenos deseos, obteniendo malestar. Segundo, en que, luego de haber pasado una vida habitando las consecuencias de ajenas verdades, las cuales ha hecho suyas, ha conseguido provecho con el ascenso a las lógicas del poder que dicho discurso permite. Entonces, una *nova moral* supondría, primero, nuevas lógicas de verdad que podrían indignar puesto que se ha otorgado gran esfuerzo para vivir en metáforas ajenas, ahora tradicionales y, simultáneamente, implicaría perder las ganancias ascendentes del antiguo esfuerzo vial que han permitido ascender y ejecutar cierta posición de poder.

La atestiguación de una *nova moral* retribuye a quien desea apoderarse del semejante una sensación de soledad, de deslegitimación, de funda aflicción e ira; además del sentimiento de imposibilidad de avasallamiento del otro. Toda *nova moral*, en los términos de quien añora ejercer poder sobre el otro, es escuchada como un grito insurrecto, como resistencia.

En el epílogo de la obra literaria, actualmente en proceso editorial en la U.P.B., *Dolor ayanteo*, se halla el lector con lo siguiente:

Desde luego, como acontece con toda insurrección, el déspota, interpretando la expresión del que solía servirle como agravio, acusará de pecador o de insurrecto a quien deslegitima sus preceptos. El Señor se ofende en su estima, realmente, al refrenar la pérdida de quien, según su entendimiento, estaba obligado a fungirle de objeto satisfactorio cada que su deseo bullía. (Chalavazis, 2013, p. 19)

Aseveremos de una buena vez, para evitar confusiones: Pese a que convivamos con usuales, a pesar de que nos veamos a diario con algunos y creamos en la inmanencia de la cotidianidad, pese a que nos veamos envejecer con alguna pareja que inexplicablemente haya optado por permanecer a nuestro lado, cada ser humano un nauta solitario con singladura puesta sobre una moral disímil. Un abiso se instala cada que dos humanos se encuentran. Cual acontece con dos embarcaciones, por paralelas, por juntas que estén en su destacamento, son golpeadas siempre por olas diferentes produciendo diferente escoria al cascarón. Es decir, en el tope con cada ser humano, hallamos una *nova moral*, siempre fluente, inaprensible, indomeñable.

Entonces, impreciso declarar una *nova moral* ya que cada humano reside en una diferente y ya que la propia demuda sus metáforas incesantemente. Nos mismos, con respecto a nos, una fluente *nova moral*.

¿Debemos, entonces, en una Universidad, permitir que los discentes obren como lo desean por el solo hecho de ser distintos a sus maestros, por el hecho de que siempre todos somos disímiles? ¡De ningún modo! Nos insta hoy la dimensión universitaria. Dijimos que pueden discriminarse dos funciones en ella: La dimensión tradicional precisa para educar, para transmitir la labor del anterior y el lugar metafórico del 'tú' y, la otra, la capacidad de brindarle al estudiante las metáforas precisas del discurso presente que le permitirán sentirse actual en la sociedad.

¿Qué hacer cuando un estudiante que ingresa obra con la lógica de su moral, *verbi gratia*, en el caso que nos concita, solicitando aumento de su nota, nada más por el propio imperio, narcisista, ególatra, de ostentar un promedio para sí, para usarlo como emblema para el otro?

La Universidad, cual sitio privilegiado dentro de la polis, básicamente educa (παιδεύει: *Paideuei*), forma (μορφοῖ: *Morphoi*) e instruye (ἐκπαιδεύει: *Ekpai-deuei*). Implica ello una pregunta por el saber hacer y por el quehacer de la profesión, por su arte (τέχνη: *Techne*), por las metáforas tradicionales. Igualmente, por una moral preceptiva de la profesión que suele denominarse ética profesional.

En la actualidad, luego de la genuflexión de la Universidad al *nuevo señor* y de la exposición de su nuca a la merced de las leyes mercantiles del 'post fordismo', enfrenta esta institución el problema, entre los muchos, del distanciamiento estudiantil de la cuestión por el saber (ἐρώτησις γνώσει: *Erotesis gnosei*) y de la apatía discente por la asunción de una postura ante la verdad (ἐπιθυμία θέσεως ἔναντι ἀληθείας: *Epithymia theseos enanti aletheias*). Atestigua la Universidad, muchas veces, en el comportamiento de sus estudiantes, un afán de consecución de un diploma y el demandante trato a sus docentes y a los administrativos de un cliente que asiste a un restaurante<sup>8</sup>.

<sup>8</sup> Anota Nietzsche en ese apasionado diálogo que recrea en su primera conferencia del texto titulado 'Sobre el porvenir de nuestras instituciones educativas':

*'En el momento actual, nuestras escuelas están dominadas por dos corrientes aparentemente contrarias, pero de acción igualmente destructiva, y cuyos resultados confluyen, en definitiva: por un lado, la tendencia a ampliar y a difundir lo más posible la cultura, y, por otro lado, la tendencia a restringir y a debilitar la misma cultura. Por diversas razones, la cultura debe extenderse*

Cuando aquéllo acaece, la Universidad, sus docentes y directivos, han de procurar, dialécticamente, desencajar al sujeto, no insultándolo, no desafiándolo, no vituperándolo, sino retribuyendo un significativo enigmático obtenido desde el lugar del discurso de quien habla, para que el hablante encause su lugar en la Universidad, haciéndolo transitar desde la postura de la exigencia del cliente a la del sujeto inquisitivo y buscador del saber de la profesión electa, para que alcance a preocuparse tanto de su lugar en la polis como de su lugar ante sí y para sí.

En términos del libro *Universidad filológica*, propondríamos que la Universidad debe ser aquel ambiente que procure el tránsito de lógica metafórica que permita pasar de la lógica del cliente a una lógica del *philólogo*. Proponemos que la Universidad, en su dimensión educativa, formadora e investigadora, prodigue el ambiente que permita pasar de una moral clientelista a una moral filológica.

Queden ustedes con un fragmento del libro citado, a modo de colofón:

La función que tiene la Universidad con respecto a los sujetos que manifiestan su deseo por experimentar qué es ese lugar, es la de, en la voz de los maestros, desajustar las certezas con las que los aspirantes entran para que, entonces, emerja en ellos una pregunta, un enigma por el saber.

Con garantizar el enigma, se da pie a la emergencia misma del φιλόλογος (*philologos*: filólogo). La Universidad debería insistirle primordialmente a la formación de φιλόλογοι (*philologoi*: filólogos).

(...)

El docente ha de propiciar, primeramente, el desajuste porque él mismo ha de ser un desajustado. Una de las aristas de su labor es la de ser una especie de sismo de la palabra. (Chalavazis, 2012, p. 175)

Solicito quedo a sus preguntas, comentarios u oposiciones para que lo deliberemos. Muchas gracias.

*al círculo más amplio posible: eso es lo que exige la primera tendencia. En cambio, la segunda exige a la propia cultura que abandone sus pretensiones más altas, más nobles y más sublimes, y se ponga al servicio de otra forma de vida cualquiera, por ejemplo, del Estado.'* (Nietzsche, 1965, p. 151)

## Referencias

- Barba Jacob, P. (2007) *Poesía completa*. Bogotá: Fondo de cultura económica.
- Borges, J. L. (2011) *Poesía completa*. Bogotá: Lúmen.
- Chalavazis, N. (2012) *Universidad filológica*. Medellín: UPB.
- Chalavazis, N. (2013) *Dolor ayanteo*. Medellín: UPB.
- Foucault, M. (2008) *La hermenéutica del sujeto*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Laercio, D. (1973) *Vidas de los filósofos más ilustres*. Madrid: Aguilar.
- Nietzsche, F. (1965). *Sobre el futuro de nuestras instituciones educativas*. Buenos Aires: Aguilar.
- Nietzsche, F. (1965). *Sobre la verdad y la mentira en sentido extramoral*. Buenos Aires: Aguilar.
- Silva, J. A. (1996). *Obra completa*. Madrid: Allca XX/ Casa de poesía Silva.